

Dúplica

Enrico Mario Santí

COMO UN MAL ACTOR ATRAPADO EN SITUACIÓN, LISANDRO OTERO SE JUSTIFICA con argumentos caducos. Sin comprender el presente quiere cambiar su pasado. Observemos su lenguaje, que basta citar para refutar. Todavía piensa, a estas alturas, que Lezama Lima le hubiera dicho a él, Director de Cultura del régimen que lo marginaba, que anhelaba escaparse del país; alberga la ilusión de que, pese a su historial como arquitecto de la cultura represiva del castrismo, no fue colaborador sino un inocente «revolucionario que abrazó una causa»; justifica un llamado «arresto preventivo» de miles de ciudadanos desafectos del régimen como una «necesidad de paralizar la acción posible» que esas mismas personas podrían haber tomado para decidir el destino político nacional; recrea la sangrienta subversión comunista de democracias latinoamericanas, el terrorismo urbano, y la injerencia del castrismo en la vida interna de otros países, como el verter «de sangre de muchos revolucionarios». Pero sin duda su mayor fantasía es que todavía piensa que este intercambio nuestro es un debate sobre «discrepancias ideológicas». Señor Otero, se trata de algo mucho más sencillo: su falta de probidad intelectual.

Todo esto, claro está, dentro de una respuesta que no quiere serlo. Según él, no cuento con el aval para «otorgarme el honor de una respuesta», frase demasiado parecida a las que suele usar el régimen para evadir la crítica de sus disidentes. Pero se equivocan si piensan que Otero me ningunea —vean su recurso al epíteto injurioso, del que mi texto carece. No lo imitaré. Demasiado acostumbrado a no discutir en público sus ideas o acciones, o a reducir cualquier impugnación a «gusaneo» y «escoria», Otero se evade precisamente de lo que se ufana: su responsabilidad intelectual.

Valioso ha de ser en su respuesta que el lector de *Encuentro* podrá ahora cotejar su versión de los hechos con la mía para revelar sus múltiples esquivos e imprecisiones. Baste señalar, como síntoma, su oportuna amnesia ante el notorio recorte de una foto donde aparecía Carlos Franqui en una revista que él dirigía cuando se publicó.

Tal parece que mientras Otero tuvo cancha abierta para obedecer órdenes sin tener que rendir cuentas, todo le fue bien. Pero en cuanto el resquebrajamiento ideológico del régimen empezó a afectarlo, decidió recurrir a su extraña versión de «allí fumé.» De ahí su temor, resuelto en la peregrina fórmula de «dar acceso a su nombre», ante la persecución del Grupo de los Diez; o su retracción, una vez de regreso en Cuba, de su tímida crítica en *Le Monde*, achacándose todo a un malentendido a causa de errores de redacción.

Igualmente esquiva resulta ahora su autoría de la recopilación de textos sobre represión ideológica —publicado bajo el eufemismo de «política cultural»— atribuyendo todo a una trastada que reemplazó su texto por otro, mucho más radical que el redactado por él antes. ¡Qué mala pata la de este hombre! La última la acaban de leer ustedes: el responsable de las dos versiones de sus memorias no fue él sino ¡un editor italiano! Pero entonces, ¿por qué nunca incluyó su ajuste de cuentas en la versión publicada en Cuba? Tampoco le pasa por la cabeza que la versión mexicana hubiese tenido que explicar, como mínima cortesía editorial, la existencia de una versión anterior. Por último, permanece incólume ante la doblez que demuestra la existencia de dos versiones distintas de sus *memorias*, género por cierto que ahora por fin asume.

Otras dos cosas permitirá ese cotejo. Primero, acceso a su versión de los hechos en torno a su *fallida* presidencia de la UNEAC. Aunque me temo que tampoco encontrará allí una explicación de por qué omitió este catastrófico episodio en el recuento de su carrera burocrática. Si insisto en el adjetivo es porque Otero puede haber sido Presidente «de dedo» o «interino», como digo en mi texto, pero nunca lo fue «por voto», que es la única forma que cuenta. De ahí mi segundo punto: al no refutar mi versión sobre este incidente, Otero deja incólume, como tantas otras cosas en mi texto, su veracidad.

No es inverosímil que esta contra-respuesta ocasione, a su vez, nuevos patateos por parte de Lisandro Otero. No volveré a contestarle. Por lo menos hasta que demuestre haber aprendido las mínimas reglas de comportamiento del intelectual en una sociedad abierta. Tome note, por favor. Primero: asuma la responsabilidad por sus acciones, buenas o no. Segundo: ábrase al diálogo. No cuestione el supuesto «aval» de su interlocutor, o se haga rogar de una respuesta por el director de la revista en cuestión. (Ud. no es mejor que nadie, a pesar de todo lo que le han dicho en Cuba.) Tercero: respete el derecho al desacuerdo, o por lo menos no se sorprenda, u ofenda, cuando lo haya. Por último, algo importante que Otero, hijo predilecto del régimen, ha olvidado: *diga la verdad*.¹

¹ Otero se queja de que a la recepción de sus memorias fuera de Cuba se una el vacío que le han hecho dentro. Pero también de que mi texto, que además publiqué en *Estudios Públicos* (Santiago de Chile) 76 (primavera 1999), p.p. 37-56, forma parte de una «campana de descrédito». Los enemigos de Lisandro Otero en México, que se describen como víctimas de la censura que ejerció en el periódico *Excelsior* de esa capital, sí se ocuparon en efecto de reproducir, sin yo saberlo, algunos fragmentos en *Universo del Buzo*, Año 1, n.º 9 (agosto, 2000), pp. 18-31. Otero nunca dice si prefiere el vacío de adentro o la atención de afuera.